

*Amadeo Benet Cardona*

# El secreto de Hidrobes



LETRAS DE AUTOR

Los personajes, sus nombres y situaciones de esta historia son imaginarios, por lo que su similitud con la realidad concreta es pura coincidencia.

© Amadeo Benet Cardona

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

[info@letrasdeautor.com](mailto:info@letrasdeautor.com)

[www.letrasdeautor.com](http://www.letrasdeautor.com)

Maquetación y diseño editorial: Georgia Delena

Primera edición: Noviembre 2015

ISBN: 978-84-16538-37-9

Depósito Legal: M-33658-2015

P.V.P.: 16 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

Dedico este libro a mi recién desaparecido  
amigo Antonio Clapés Ramón.

*Si entre las estrellas hay un cielo llamado amistad, allí  
nos encontraremos, amigo mío.*



# Agradecimientos

*A mi tía Ana, hermana de mi madre, que generosamente recogió de sus padres el testigo de velar por mí y por mi familia.*

*A mi mujer, Lillibeth van den Acker, cuya constante abnegación y fortaleza de espíritu nos mantiene a todos unidos.*



# I PARTE

## LA EXCEPCIÓN CONFIRMA LA REGLA

**E**l único principio inmutable y universal es que no existe regla ni ley sin excepción. De no ser así, el concepto de Dios como ser omnipotente sería falso por definición, pues Dios no sería Dios si no fuera capaz de burlar sus propias leyes.

*Al gran secreto del Creador, al dominio de las habilidades necesarias para abrir puertas en el impenetrable tejido del mundo físico se le ha llamado comúnmente magia. Mas, para los iniciados en su conocimiento, es, ha sido y será «La ciencia oculta».*

*Principios de La ciencia oculta*

*Extracto de La reseña histórica de La Hermandad*





# El historiador

*Año 600 después de La Unificación.*

El profesor Pardo era historiador. Había dedicado su vida a investigar las ecuaciones de las leyes que rigen la Historia y había tenido éxito.

Demasiado éxito.

Por eso, a sus sesenta y ocho años, el viejo profesor se veía condenado a vivir con un secreto. Un secreto que a lo largo de los últimos años le había ido carcomiendo el alma hasta convertirlo en el ser inerte y vencido que era ahora: un pobre hombre cuyas únicas ambiciones en la vida no iban ya más allá de comer a diario, dormir sin pesadillas y lograr gestionar las necesidades básicas del cuerpo con cierto desahogo.

En la noche del 21 de julio del año 600 d.U., nuestro hombre dormía bendecido por un sueño sosegado en su humilde apartamento de una sola pieza situado en los oscuros arrabales de la gigantesca urbe en que se había convertido el planeta.

Fue entonces cuando los dígitos luminosos del holovisor<sup>1</sup> marcaron las dos de la madrugada; una hora en apariencia

---

<sup>1</sup> Holovisor: televisor en tres dimensiones.

tan intrascendente como cualquier otra, pero que iba a iniciar un acontecimiento determinante en la historia de la Humanidad. A esta hora exacta, los desgarradores maullidos de un gato callejero resquebrajaron el silencio de la noche y despertaron no solo al viejo profesor, sino también al horrible secreto que con él yacía.

—¡Miaooo! ¡Maooo! ¡Marramiauuu!

En un primer momento de sorpresa, perdido en las brumas que moran entre el sueño y la vigilia, el profesor Parado tuvo la nada descabellada sospecha de que su vecino de rellano, con el cerebro atiborrado de microimplantes, al fin había enloquecido y acababa de irrumpir en el apartamento armado con la última versión de sierra mecánica ofertada por la propaganda holovisiva matinal.

De vuelta al deprimente mundo real y recuperado del sobresalto, el profesor se frotó los ojos, chasqueó la lengua, se rascó el sobaco y, apartando a un lado las sabanas, abandonó resignado la cama. Con paso somnoliento se acercó al ventanal, que salvo por el alfeizar ocupaba enteramente la fachada norte del apartamento, y luchó unos instantes con el dial que controlaba el paso del sonido del cristal energético multipolarizante<sup>2</sup>, pero no obtuvo ningún resultado. Al contrario, los insistentes maullidos del condenado gato parecieron aumentar de volumen.

Tuvo que rendirse a la evidencia: el maldito mecanismo se había estropeado de nuevo. Un par de irritados puñetazos al módulo de control tampoco consiguieron gran cosa. El dial no respondió. En cambio sus nudillos protestaron de dolor.

---

<sup>2</sup> Multipolarizante: regulador del paso de la luz, el sonido y otras ondas electromagnéticas.

—¡Miaooo! ¡Maooo! ¡Marramiauuu! —pareció burlarse el gato.

¡Dónde estarían las malditas zapatillas!

—¡Miau! ¡Maooo! ¡Marramiauuu!

Mientras buscaba frenéticamente las zapatillas, observó con envidia a su esposa que dormía profundamente en el otro lado de la cama y lamentó, por un instante, ser un retrógrado, enemigo acérrimo de los implantes cerebrales. Disponiendo de tales artilugios, una breve orden al controlador sensorial inductor del sueño y el implantado no oía, olía, veía, o sentía nada aunque el mundo se vaporizara a su alrededor.

—¡Miaooo! ¡Maooo! ¡Marramiauuu!

Por fin sus dedos toparon con una zapatilla...

Enfurecido, se lanzó sobre los mandos y de un temerario puñetazo consiguió desconectar el cristal energético de la ventana. Cuando el cristal desapareció, sin meditarlo un instante lanzó la zapatilla a ciegas en dirección a los condenados maullidos con toda la fuerza que sus flácidos músculos le permitieron.

El resultado fue inmediato. Los maullidos de la bestia cesaron como por ensalmo.

Escuchó durante unos minutos por si el silencio era una estrategia del puto minino para joderle de nuevo apenas pegara ojo... Al fin, convencido de que la crisis había pasado, reconectó el cristal, colocó cuidadosamente las tres almohadas sobre el colchón, siguiendo el ritual de todas las noches, y se metió otra vez en la cama.

Amaneció.

Como todas las mañanas, la alarma del despertador del televisor tridimensional sonó a las seis en punto, desbloqueando automáticamente los inhibidores sensoriales de la esposa del profesor y despertándole a él con sobresalto.

Un minuto después, la sonrisa de plástico de Narciso Galán, el presentador de moda, acaparaba el primer plano del informativo matinal.

—Buenos días, estimados holovidentes. En estos momentos iniciamos el programa con más audiencia de la jornada —recitó con voz almibarada—. Huelga decirles que en estos días nos encontramos en plena campaña electoral. Por ello, el tema central de hoy lleva por título: «Aumente usted su nivel de voto con los últimos módulos de enseñanza implantada». Además, y como es de precepto, en este programa les ofreceremos los pertinentes consejos de nuestros técnicos en enseñanza inducida, las tarifas de precios actualizadas y las ofertas del día... Luego, realizaremos una breve entrevista al Coordinador General de Planificación Interestelar y a su homólogo, el coordinador del Instituto de Control Demográfico, quienes nos explicarán cómo el aumento de la población en este último año electoral contribuirá en la misma proporción al aumento del número de científicos de clase «A» dedicados a la investigación del motor hiperlumínico, cuya potencia nos permitirá alcanzar las estrellas. Según las primeras impresiones que hemos obtenido de ambos coordinadores, existen sobrados fundamentos para ser optimistas...

El profesor Pardo, más interesado en presenciar el nacimiento de un nuevo día que en escuchar el cargante programa matinal de aquel engreído guaperas, miró por la

ventana e inmediatamente, alzando la voz por encima del sonido del holovisor, gritó:

—¡Rose! ¡Ven a ver esto!

—Espera un momento cariño. El programa de hoy es de lo más interesante.

—¡Olvídate del condenado programa y ven a ver eso! —bramó el señor Pardo.

La señora Pardo reconoció la tozudez en la voz de su marido. Y cuando este se ponía tozudo... Se acercó a la ventana sin dejar de observar la pantalla por el rabillo del ojo.

—¿Qué es lo que ves ahí? —apremió el hombre apuntando un dedo nervioso hacia el espacio aéreo del exterior. La mujer no tuvo más remedio que apartar los ojos del holovisor.

—¿Y qué quieres que vea? El mismo patio interior mugriento de siempre, las mismas fachadas desconchadas, el mismo aire apestoso...

—¡No empieces ahora con eso! ¡Mira justo delante de tus narices y dime lo que ves!

—Ah, eso... Parece una zapatilla..., una zapatilla suspendida en el aire.

—¡Ajá! ¡«Suspendida en el aire»! ¡Y te quedas tan tranquila! Dime: ¿qué diablos pinta una zapatilla suspendida en el aire? ¡El sitio de una zapatilla está en el suelo, maldita sea! ¡Lo dice la Ley de la Gravedad!

Soltó estas últimas palabras más como una frase hecha en respuesta a la tozudez y desapego científico de su mujer que por el desasosiego que le ocasionaba el fenómeno en sí. Pero si en aquel momento el viejo historiador hubiera sospechado que este inexplicable fenómeno conduciría directamente a desvelar el horrible secreto que tan celosamente guardaba, su desasosiego habría degenerado en llanto.

El profesor Pardo representaba todos y cada uno de los sesenta y ocho años que tenía. La señora Pardo, en cambio, tenía sesenta y tres y representaba treinta y cinco bien llevados. Los dosificadores hormonales insertados en su cerebro la conservaban hermosa y aparentemente joven. La Ciencia había conseguido el milagro.

La Ciencia era el nuevo dios del primer milenio d.U. Más exactamente aún, la Ciencia era Dios, con mayúsculas. El único dios en el cual se podía confiar. El dios que un día encontraría respuesta al secreto de la eterna juventud, conseguiría el salto interestelar y otorgaría al hombre una vida inmortal entre las estrellas.

Sí, la Ciencia era, para la gran mayoría de la población, el nuevo dios. Y, por supuesto, si la Ciencia era el nuevo dios, los científicos eran los nuevos profetas.

La señora Pardo lo tenía claro: apenas comprendía los más elementales principios de la Ciencia pura, pero, tal como mandaban los cánones de la sacrosanta institución, tenía una fe ciega en ella, de modo que mirando con indiferencia a la zapatilla, se dijo: «Eso no es asunto mío. Yo me ocupo de mi casa y de mi trabajo, de las leyes físicas que se ocupen los científicos de turno». Pero amaba a su marido y le disgustaba contrariarlo innecesariamente. Así que solo para complacerle, formo una gran «O» en sus labios perfectos.

—Tienes razón, querido. ¡Es realmente curioso! —dijo fingiendo sorpresa—. Pero no hay de qué preocuparse, debe tratarse de una broma, y, si no, los científicos encontrarán la explicación.

Y sin más se fue a preparar el desayuno, a asearse y a vestirse. Tenía que darse prisa, pronto serían las siete. Y llegar tarde al trabajo era una falta que no podía permitirse. «Que nadie podía permitirse», pensaba mientras sus ojos

continuaban prendidos y prendados en la perfecta dentadura del popular presentador holovisivo.

Por la noche, después de investigar a través del ventanal, el profesor Pardo apagó la linterna y volvió los ojos hacia su mujer, que estaba abriendo unas latas de comida preparada en la pequeña *kitchenette*.

—Sigue ahí —dijo taciturno.

—¿Qué es lo que sigue ahí?

—¿Qué va a ser? La zapatilla. ¡Sigue ahí, flotando en el aire!

—¿Y?

—¿Y? ¿Esto es todo lo que se te ocurre decir? ¿«Y»?

La señora Pardo suspiró.

—Mira cariño —repuso, mientras se chupaba un dedo para probar la salsa que estaba cocinando—, si tanto te preocupa recuperar tu zapatilla, mañana es domingo y tienes el día entero para hacerlo. No creo que nuestro vecino tenga inconveniente en prestarte su escalera de mano.

—¡No es la zapatilla lo que me preocupa! ¡Es la Ley de la Gravedad! ¡Pero es que no sabes lo que es la Ley de la Gravedad!

Esta vez, el enfado traicionó la voz de la señora Pardo.

—¡Naturalmente! ¡Tengo educación y voto de clase «C», como tú!; pero no pienso malgastar mi escaso tiempo libre jugando a los físicos contigo. Con mi trabajo tengo diversión de sobras. Las diez de la noche no son horas para que un profesor de Historia se coma el coco con asuntos que no le incumben. Además, sabes muy bien

que tu manía de meterte en investigaciones al margen de tu campo de historiador puede traer cola. El intrusismo está severamente penalizado. —Mientras sermoneaba a su esposo, fue en busca de dos platos, escanció en ellos frugales raciones y los depositó sobre la mesa—. En fin, si tuvieras un ápice de sentido común dejarías el asunto en manos de los expertos competentes. Mi intuición femenina me dice que si continúas emperrado en este asunto, pincharemos en hueso. Pero como ya sé que mis palabras te entran por un oído y te salen por el otro, mañana puedes llamar al Comité Científico, a los bomberos o coger la escalera y ocuparte de la condenada zapatilla y de la Ley de la Gravedad tú solito si te place. Ahora es hora de cenar —concluyó, dejando saldada la cuestión.

A la mañana siguiente, después del desayuno, dos hombres pertrechados de una larga escalera de duraluminio superligero bajaron al patio dispuestos al rescate de la zapatilla.

En un extremo de la escalera, a la zaga, iba el profesor Parado casi corriendo para seguir el ritmo de su vecino, el señor Simón, que, con paso brioso y porte militar, tirando con fuerza del otro extremo, encabezaba muy ufano la expedición.

El señor Simón era viudo y vivía solo, y pese a contar ya setenta años, se le veía muy capaz de correr los cien metros lisos en unas olimpiadas y ganar. Lucía una larga y engominada coleta de pelo artificial injertado, practicaba fisiculturismo y seguía un costoso tratamiento de regeneración celular de piel y músculos. Para pagar el costoso tratamiento se veía obligado a trabajar quince horas diarias.

En opinión de muchos, el señor Simón encarnaba el ideal de hombre moderno: trabajador, respetuoso con el



sistema y preocupado por su imagen a ultranza. En opinión del profesor Pardo, el señor Simón era tan solo un ignorante, un gilipollas y un vanidoso, y, sobre todo, un viejo verde más interesado por el escote de Rose que los físicos quinceañeros por las fórmulas relativistas.

De modo que cuando aquel saco de músculos se ofreció a subir en busca de la zapatilla, ufanándose de su buena forma física, el profesor Pardo se negó en redondo.

—No, faltaría más, la zapatilla es mía y me corresponde a mí rescatarla, usted ayuda suficiente prestándome la escalera —dijo, y sin esperar respuesta inició el ascenso.

Al coronar el último peldaño con el aliento entrecortado y las piernas temblorosas, el profesor Pardo estudió cuidadosamente la zapatilla, casi tocándola con la punta de la nariz. Albergaba la esperanza de encontrar algo; cualquier indicio que aportara cierta lógica a aquel fenómeno de levitación, pero cuando más atentamente estudiaba el objeto más atónito se encontraba. «Qué coño miras viejo gordo, soy una zapatilla y estoy aquí porque me da la gana, si me tocas las narices te vas a enterar», parecía decir la muy descarada prenda.

Sin saber qué hacer, el asombrado historiador se pasó largo rato rascándose la calva y mesándose los carrillos, hasta que, armándose de valentía, dio un suave golpecito con el índice al paño de la zapatilla. Esta no le mordió, ni le desintegró de un escupitajo como secretamente había temido, pero tampoco se movió un ápice de su lugar. Recordando cómo los brujos de feria desafiaban a sus espectadores a descubrir cables y dispositivos ocultos, pasó la palma de la mano por encima y por debajo de la prenda. Nada, ni hilos, ni cables ni ningún artilugio farandulero. Enfadado por el fracaso, se dispuso a usar métodos más expeditivos: agarró

la condenada pantufla con ambas manos y tiró de ella, suavemente al principio y con todas sus fuerzas luego. Pero la prenda continuó sin moverse. Estaba literalmente clavada en el aire.

Después de múltiples e infructuosos esfuerzos, el profesor Pardo bajó de la escalera. Su redondo rostro estaba húmedo y rojo como un pimiento por el esfuerzo.

Abrió los brazos, encogió los hombros y declaró con pasmo y derrota:

—No lo comprendo...

Ahora, varias ventanas estaban en apertura despolarizada, y a través de ellas unos cuantos vecinos observaban, entre perplejos y divertidos, el extraño espectáculo que tenía lugar en el patio comunitario. Y, para mayor humillación del profesor, el espléndido pecho de Rose, apoyado en sus brazos, cruzados sobre el alféizar de su propia ventana, sobresalía provocativamente mientras sobre sus labios aparecía una indefinible mueca a horcajadas entre la burla y el desencanto.

Creyendo ver llegada su oportunidad de lucimiento galante, el señor Simón, ni corto ni perezoso, hinchó el pecho, se sacó la camisa y, trepando a lo alto de la escalera con la agilidad de un mono, agarró la zapatilla con ambas manos.

Músculos hinchados de esteroides, tendones como cables de acero y venas retorciéndose como sanguijuelas bajo la piel sudorosa luchando contra un enemigo invisible ocultado entre las enormes manazas del viejo coloso ofrecieron un espectáculo tragicómico a los cada vez más expectantes vecinos. Aquello era como presenciar la absurda pugna de un perro de presa por alcanzar y tragarse su propia cola.

La encarnizada y patética lucha duró apenas dos minutos. Finalmente, con un grito de frustración y rabia, el hombrón

intentó derribar la zapatilla a patadas. Pero lo único que consiguió fue desequilibrar la escalera que le sostenía.

Con un movimiento que pareció transcurrir a cámara lenta, la escalera se desplomó contra el suelo de adoquines de hormiplast, rebotando y desmontándose en sus piezas básicas, en tanto que el señor Simón se quedó colgado de la zapatilla pataleando como un demonio y rugiendo a todo pulmón que le bajaran de allí. Dos minutos después, mientras, preso de la desesperación el profesor Pardo intentaba volver a montar la estúpida escalera, las manos extenuadas por el esfuerzo del hormonado coloso se abrieron y se precipitó al vacío.

A partir de este momento ya nadie dudó en calificar el suceso de «anormal» y los hechos se desencadenaron.

Al cabo de media hora aparecieron los bomberos y los sanitarios. Pero nada se pudo hacer por el infortunado señor Simón, quien, hecho un amasijo de carne y huesos astillados, yacía cuan largo era sobre el duro pavimento. Los músculos y la piel tersa le habían dado apariencia juvenil, pero solo apariencia. Ningún implante actual podía evitar la degeneración ósea. De modo que los huesos viejos y gastados del falso titán, al quebrarse como el cristal, habían acuchillado sus órganos vitales más allá de toda solución médica.

Y si los médicos fracasaron en salvar al hombre, los bomberos no tuvieron mejor fortuna al intentar bajar la zapatilla. Todo fue inútil, el maldito objeto se quedó allá arriba para befa y mofa de los bomberos, la Ciencia y la misma Ley de la Gravedad.

El rostro de la señora Pardo era una bola roja de desesperación y remordimientos.

—¡Todo ha sido culpa mía! ¡Si no lo hubiera provocado con mi habitual coquetería! —lloriqueó la mujer.

—¡El muy presumido no pudo resistir marcarse el numerito! ¡La maldita propaganda holovisiva y los putos implantes tienen la culpa! ¡Mírate bien a ti misma! ¡Con tal de lucir tetas y culo te obligas a trabajar veinticuatro horas al día, pero no por eso dejas de ser una vieja! ¡El puto sistema os ha convertido a todos en robots esclavos y ni siquiera os dais cuenta! Vivimos hacinados en un mundo en el que, lejos de ejercer un necesario control demográfico, el Gobierno Mundial premia la natalidad con la promesa de que ello aumentará el número de científicos de clase «A» dedicados a facilitarnos una vida eterna entre las estrellas. A cambio de esta utópica promesa nos han robado nuestra personalidad. Tú y yo, por ser matrimonio, somos una tarjeta común con un apellido común y un número común de identidad. Un número, y nada más que eso. Nos han despersonalizado de tal modo que ya nadie, ni nosotros mismos, apenas recordamos mencionarnos por nuestros nombres de pila. Y todo para facilitarle la tarea de control al Estado. ¡Al bendito y sacrosanto Estado!

La señora Pardo hundió el mentón en el pecho y una lágrima rodó por su tersa mejilla.

—Sí..., yo..., lo sé, me afano en parecer la joven que ya no soy. Pero si me esfuerzo por estar hermosa es por ti, para ti, para que sigas viendo en mí a la muchacha alegre y lozana con la que te casaste, para que permanezcas a mi lado. Para que no dejes de quererme. ¿Recuerdas nuestro sueño de recién desposados?

Ahora también había lágrimas en los ojos del señor Pardo. Arrepentido de haberse dejado llevar por los nervios y

consciente del profundo sentido de las palabras de su mujer, la miró a los ojos y asintió en silencio.

—«Envejecer juntos» —susurró ella—, ese era nuestro deseo..., y aún sigue siéndolo. Mi deseo. Nuestro más querido y preciado deseo...

El señor Pardo apretó la mejilla contra la de su esposa, intercambiando el salado y dulce sabor de las lágrimas... Con amor, con aceptación, y también con miedo y dolor, pues por encima del hombro femenino vio con aprensión que la pantalla del holovisor, que hacía unos momentos él mismo había apagado, se había iluminado de nuevo.

Poseído por su innata curiosidad científica, no había calculado las repercusiones que el simple hecho de intentar recuperar la zapatilla podría acarrearle. Dados sus descubrimientos sobre los secretos que el sistema gubernamental ocultaba a la población, debería haberlo previsto. Pero ya era tarde para arrepentirse. Ahora lo prioritario era asegurarse de que su esposa no se viera involucrada. De ningún modo podía hacerla pasar por el amargo trance que se avecinaba, así que, con sumo cuidado, manipuló entre el pelo de la nuca de su esposa y desconectó su estado de vigilia, sumiéndola en un profundo sopor libre de pesadillas. La depositó sobre la cama, susurró un simple «adiós, Rose» y fue a dejarse caer sobre una silla frente al holovisor.

Y así, como en un sueño, asistió con horror creciente a las mudas escenas del noticiario transmitido casi en tiempo real: la zapatilla suspendida en el aire, la escalera al caer, el destrozado cuerpo del señor Simón, las intermitentes luces de la ambulancia, las escaleras de los bomberos..., todo en una larga y continua secuencia que conducía a lo irremisible.

Luego aparecieron los primeros entrevistados: los vecinos, el conductor de la ambulancia, el jefe de bomberos...

Todos señalaban la zapatilla colgada del aire: aquel aborto de la Naturaleza que osaba desafiar las sagradas leyes de la Ciencia. Y a continuación, con el temor retratado en el semblante, apuntaban un dedo acusador hacia la ventana de los Pardo.

Una última escena mostró un enjambre de hombres oscuros armados con toda clase de artilugios: tomando medidas, efectuando comprobaciones... mientras un oficial alto y delgado, uniformado de negro, en cuya hombrera derecha lucía la insignia de la Policía Científica, introducía toda la información en su computadora de muñeca.

El viejo historiador sabía lo que significaba esto.

«Ellos» no tardarían en llegar. Y, para desgracia de todos, el temible secreto que durante tanto tiempo había ocultado saldría a la luz.